

El poder de la amistad

«El Salvador trataba con los hombres como quien deseaba hacerles bien. Les mostraba simpatía, atendía a sus necesidades y se ganaba su confianza. Entonces les decía: “Sígueme”». Elena G. de White

Comencé mi labor ministerial en una nueva iglesia, en mi ciudad natal. Era un gozo indescriptible estar allí, muchos de los hermanos en esa congregación me habían conocido como adolescente, estudiante de Teología y ministro, pastorearlos era un desafío espiritual especial. Después de predicar mi primer tema y disfrutar de un rico almuerzo con la hermandad, se me acercó una de las hermanas de la iglesia. Habíamos sido compañeros en el colegio adventista de aquella ciudad y me saludó con profunda alegría, gozo al que yo también correspondí.

Entonces comenzó a contarme su historia, pues no nos habíamos visto desde que estábamos en la escuela. Tenía un gran pesar en su corazón. Se había casado con un hombre no adventista, y durante años había insistido una y otra vez en que aceptara a Jesús y a nuestra iglesia, pero no había tenido éxito. La familia de su marido pertenecía a la Iglesia de los Testigos de Jehová y, aunque él no profesaba dicha religión, se sentía comprometido con sus padres en no aceptar otro credo.

Aquel sábado acordamos una visita a su hogar con el propósito de presentármelo, y a la semana siguiente cumplí con dicho compromiso. Cuando estuve hablando con él, comprendí que por medio de estudios bíblicos formales no conseguiría mucho, así que tomé la decisión de ser su amigo, un amigo de verdad; y mi esposa también se hizo muy amiga de aquella desesperada esposa. Comenzamos a salir juntos a comer, al parque,

a diferentes lugares, a dialogar de diferentes temas y a disfrutar de la amistad que el Señor nos permitió establecer. Simultáneamente, orábamos por la conversión de aquel hombre.

El tiempo pasó rápidamente y, tras cuatro meses, un día me dijo: «Amigo, ¿por qué no sacamos tiempo para estudiar la Biblia?». Yo le contesté con emoción: «¡Claro que sí!». Pocas semanas después, me dijo: «¡Me gustaría ir a la iglesia! ¿Puedo?». Y algunos meses más tarde aceptó a Jesús como su Salvador personal y descendió a las aguas del bautismo.

¿Por qué el evangelio tuvo éxito en la vida de aquel hombre? Solo hay una respuesta: el poder de la amistad.

Elena G. de White escribió: «Solo el método de Cristo será el que dará éxito para llegar a la gente. El Salvador trataba con los hombres como quien deseaba hacerles bien. Les mostraba simpatía, atendía a sus necesidades y se ganaba su confianza. Entonces les decía: “Sígueme”» (*El ministerio de curación*, cap. 9, p. 86).

Ama a las personas, dales tu amistad sincera y que ellos vean a Jesús en ti; esta es la mejor manera en la que podemos ganar vidas para Cristo. Este es el método correcto para este tiempo de la historia final de este mundo.

¡Ánimo! Dios te siga bendiciendo.

Pr. Álvaro Rafael Linero Vargas,
director del Departamento de Escuela Sabática,
Unión Salvadoreña.